

Los militares en el nuevo orden político

Por Joaquín Morales Solá

(Para LA NACION)

Durante los últimos días del reciente julio, un grupo de hombres reunidos en Williamsburg, a pocos kilómetros de la capital de los Estados Unidos, cercados por el calor de un verano boreal de bochorno, comenzó a girar las manivelas de la historia.

Ellos eran los ministros civiles de Defensa del continente americano, desde Canadá hasta la Argentina, convocados por el gobierno de Washington para transmitirles una buena nueva: la administración norteamericana ha mandado al desván sus viejas teorías sobre los militares en la región y adoptó para el futuro una línea definitiva de absoluto sometimiento de los uniformados a los civiles.

Décadas de reinado de una filosofía opuesta fueron barridas en esa semana encendida. En los tiempos de la guerra fría, de tenaz y tensa competencia con el bloque soviético, el gobierno norteamericano enhebró lazos más fuertes con los ariscos militares de América latina que con sus débiles gobiernos civiles.

Prevalecía entonces la necesidad de impedir la victoria de los grupos insurgentes, armados en muchos casos por el bloque socialista de Europa o, en otros, por el propio Fidel Castro en América, autoproclamado exportador de su experiencia revolucionaria.

Nuevas condiciones

Como luego quedó claro a través de muchas referencias históricas, los Estados Unidos no reparaban en esos años en el origen de los gobiernos latinoamericanos, sino en su condición de amigos o enemigos de Washington. La CIA y la KGB estaban atrincheradas detrás de muchos bandos en pugna al sur de Miami, recuerda un diplomático de aquellos tiempos que jubiló todas sus cosas menos la memoria.

El antiguo bloque socialista es ahora una geografía de impotencias; los dirigentes de Moscú se han convertido en malabaristas del colapso y Castro vive, en La Habana, un otoño de restricciones y temores. La guerra fría ha concluido y con ella los viejos preceptos que dominaron la relación de los Estados Unidos con los otros países del continente.

El fuego de la intolerancia ideológica no se apagó del todo, pero los zapatistas de México o el propio Sendero Luminoso en Perú-

son ya implosiones sin contacto con los grandes países del planeta.

La idea de una convocatoria general a los ministros civiles de Defensa de América surgió, no sin oposiciones, en Washington. Fue también una consecuencia de la lucha por el poder dentro del gobierno del presidente Bill Clinton.

La más grande objeción dentro de la propia administración norteamericana refería la desconfianza de sus dirigentes a la respuesta de los convocados. Los gobiernos latinoamericanos han sido, históricamente, dueños de un discurso con fuertes matices nacionalistas y propensos a halagar o a no exasperar a los sectores locales antinorteamericanos.

Ayuda argentina

El gobierno argentino del presidente Carlos Menem -y sobre todo su ministro de Defensa, Oscar Camillón- ayudó más de lo que se cree y sabe a los líderes de los Estados Unidos para juntar en un mismo lugar a las distintas situaciones nacionales de América.

Washington hizo pie aquí para convencer al resto de los latinoamericanos, confiesa un funcionario argentino.

La gestión podría haber sido obra del secretario de Estado, Warren Christopher, pero él ha decidido dedicarle apenas segundos de sus días y de sus insomnios a América latina. En verdad, izó como bandera casi exclusiva de su función el establecimiento definitivo de un acuerdo de paz en Medio Oriente; esa es su obsesión desde que dirige las relaciones internacionales de Washington.

Pero nunca hay espacios vacíos: el influyente secretario de Defensa, William Perry, le manoteó hace mucho a Christopher la relación con los países latinoamericanos. Perry fue el ideólogo de la reunión de Williamsburg, el que trabajó en la convocatoria y el que labró sus contenidos filosóficos.

Caminos contradictorios

Sin embargo, no fue la filosofía la que apuró esa reunión. La administración Clinton -y también el establishment militar de Washington- advirtió la presencia de dos caminos contradictorios en América latina, donde la democracia -con las características propias de cada país- reina en todas las naciones, pero, al mismo tiempo, comienza a entrescribirse un proceso de creciente militarismo.



El jefe del Estado Mayor General del Ejército, teniente general Martín Balza, "cree en lo que hace"

Los ejemplos del último camino fueron varios en los meses recientes: un jefe militar desafiante en Paraguay, Augusto Pinochet intentando frenar una orden de la Justicia en Chile, la progresiva influencia militar en Perú y Ecuador después de la guerra de febrero y generales importantes en cargos destinados a civiles en muchos otros países.

La conclusión de los gobernantes norteamericanos fue que ellos debían hacer un gesto decisivo para consolidar el camino de la democratización en el continente. Debía quedar claro que ya no somos indiferentes, y para eso no quedaba otra alternativa que decir la verdad: no bendeciremos a ninguna aventura golpista, y la integración de América depende de que haya democracia desde el Arctico hasta Tierra del Fuego, consignó un importante diplomático de los Estados Unidos.

Países reticentes

Tres países fueron, en efecto, reticentes a la convocatoria: Brasil, el primero de ellos, porque no tiene un ministro civil de Defensa, sino un ministro jefe de las fuerzas armadas, el militar de más alto rango: es la estructura uniformada la que lucha contra el presidente Fernando Henrique Cardoso, quien se propuso -y no cesa en

ello- la creación de un ministerio de Defensa.

El gobierno de Brasilia no estaba de acuerdo tampoco con uno de los puntos de la convocatoria: la transferencia a las fuerzas armadas de las tareas de represión del narcotráfico. Si bien los líderes brasileños han recurrido a ese procedimiento dentro de su país, no quieren que se transforme en una doctrina continental. Al final, sobre ese punto no hubo coincidencias, tras desparramarse las posiciones que reflejaban circunstancias nacionales muy distintas.

Sin embargo, Brasil se convirtió luego, en Williamsburg, con una delegación integrada por la primera línea de la Cancillería y de la defensa, en el país líder en el sostenimiento de las nuevas líneas tendidas por Washington.

Otro país reuente fue México, que sólo argumentó que no estaba de acuerdo en debatir cuestiones que son del resorte exclusivo de "la soberanía de los Estados". Mandó una delegación simbólica, presidida por su embajador en Washington, quien hizo las veces de mero observador.

Mar de contradicciones

El tercer país navegó, fuera de sus fronteras, en el mismo mar de contradicciones que se advierte

dentro de él. El ministro civil de Defensa de Chile, Edmundo Pérez Yoma, se entusiasmó con la reunión -que ahora le sirve a ese país más que a ninguno-, pero los poderosos militares conducidos por Pinochet forcejearon en el sentido contrario.

Decidido a concurrir con un perfil bajo, Pérez Yoma debió, no obstante, cancelar su viaje y enviar a su segundo, sujetado en Santiago por el conflicto de Punta Peuco, la cárcel de máxima seguridad donde deben cumplir su condena importantes jefes uniformados del régimen de Pinochet. El propio Pinochet está en medio de la crisis, presionando y cediendo en nombre de los militares que, según la nueva doctrina de Washington, deben someterse a los gobernantes civiles.

La propuesta norteamericana

La propuesta del gobierno norteamericano consistió en que su relación en adelante se limitaría exclusivamente a los exponentes civiles de las administraciones latinoamericanas. No es un progreso menor: por ejemplo, los ex ministros radicales Raúl Borrás y Horacio Jaunarena hubieran dado parte de su poder vernáculo por lograr esa promesa de Washington. La reclamaron mil veces, pero nunca la consiguieron.

La reunión de Williamsburg atravesó la epidermis de las cosas: aconsejó también drásticos cambios en los códigos de enseñanza de los liceos militares y el establecimiento de una relación distinta entre los militares y la sociedad civil. Es indispensable que se retroalimenten y que no se aislen en cápsulas separadas, escucharon los latinoamericanos.

Los principios de Williamsburg han transformado en dinosaurios a los nostálgicos de la antigua doctrina. La preservación de la democracia es la base para asegurar nuestra seguridad mutua, recita uno de ellos. Otro precisa de qué estaban hablando: *Nuestras fuerzas armadas deben estar subordinadas a la autoridad constituida democráticamente, actuar dentro de los límites de las constituciones nacionales y respetar los derechos humanos a través del adiestramiento y de la práctica.*

La primera consecuencia de la nueva doctrina se hizo sentir rápidamente en Chile. En una breve visita a Buenos Aires, para asistir a la reunión sobre prevención del terrorismo internacional, el ministro

del Interior de Santiago, Carlos Figueroa Serrano -uno de los más lúcidos dirigentes de la coalición que comanda el presidente Frei-, aceptó en conversaciones privadas que las discordias con Pinochet condicionaban la incorporación de Chile al Nafta, un objetivo estratégico fundamental de la dirigencia chilena.

Las señales son muy claras en ese sentido, subrayó Figueroa Serrano. Dos días antes, un editorial del diario Washington Post había revelado claras advertencias del gobierno de Clinton a la administración de Frei: así no, le habría disparado.

El general Balza

Hay alguien en Buenos Aires que olfateó lo que el vicepresidente norteamericano, Al Gore, describió en Williamsburg como la incorporación de la democracia dentro de la noción histórica del continente. Fue el jefe del Ejército, Martín Balza, quien primero percibió el olor de la nueva doctrina, incluidos los aspectos que rozan la relación entre civiles y militares.

Primero cree en lo que hace y después sabe que lo que hace no desentona con el mundo que le tocó, refiere uno de sus allegados.

¿Cree Balza en un sistema defensivo continental, tal como lo viene proponiendo el gobierno de Washington? El jefe del Ejército imagina esa posibilidad sólo después de la integración económica y política americana, después, en fin, de que se haya convertido en algo tangible lo que se denomina el espíritu de Miami, por la reunión de presidentes americanos que se comprometió a la integración del continente en el 2005.

La reunión de ministros de Economía americanos, en Denver, en febrero último, y la de los de Defensa, en Williamsburg, en julio, comenzaron a constituir el edificio de aquel espíritu de los presidentes. Esa obra requiere de un orden político nuevo y común entre los potenciales socios de la alianza americana.

Sin embargo, todos los cambios reconocen desfases, y éste tiene los suyos. Las capas del viejo y del nuevo orden se mezclan a veces: en la Argentina es Balza -y muchos otros jefes militares- luchando contra la nostalgia del ex almirante Massera por un tiempo cruel

- 1) No hacer diagnósticos puede traer líos. Cuanto menos reticencia
- 2) Paquetes. Entre vos, Cámara de Diputados!
- 3) Mesuridad de buscar solución a temas pendientes
- 4) Ejército no está dispuesto a conceder nada.
- 5) Sectos DC. dispuesto a pagar costo.
- 6) En D: S H. no hay mejor solución que lo actual.